

De la *fuerza*, el *músculo* y otros conceptos “literarios”

EDUARDO ANTONIO PARRA Existen ciertos conceptos que los críticos y comentaristas —y hasta los mismos escritores— utilizan al referirse a las virtudes de una obra literaria, o de su autor, que no obstante haberlos encontrado cientos de veces en reseñas o ensayos no me han quedado nunca muy claros. Se trata de expresiones elogiosas que, durante mis primeros años como lector, me sonaban a verdades arcanas, y al mismo tiempo me hacían pensar que quien las utilizaba poseía una sensibilidad educadísima o, por lo menos, una capacidad de percepción mucho más desarrollada que la mía; y aunque muchas de ellas han caído poco a poco en desuso, de vez en cuando todavía me saltan a los ojos durante alguna lectura, como si alguien las hubiera puesto ahí tan sólo para recordarme que hay valores artísticos que siempre escapan a mi comprensión.

“**F**ulano de tal es un novelista de fuste”, sería una de ellas. La primera vez que me topé con una frase como ésta en un cintillo de los que se usan para llamar la atención del lector sobre un libro —tendría yo unos diecinueve años—, no pude más que imaginar a un jinete en pleno galope a lo largo de una alameda, vislumbrando la meta cercana mientras atormentaba a su cabalgadura con golpes de fuste. En mi incultura e ingenuidad de

entonces, creía que *fuste* era el látigo para acicatear al caballo. Sólo después supe que así también se le llama a la silla de montar, pero también que *fuste* puede ser un palo largo (que seguramente sirve para golpear bestias), así que no andaba tan errado. Por supuesto, quienes usan esta expresión se refieren a que el novelista tiene “nervio” o “sustancia”, lo cual aún ahora me deja en las mismas, pues no sé exactamente lo que esto quiera decir. A propósito

de *fuste*, hace unos diez años me encontré con el desaparecido escritor R. H. Moreno-Durán en una librería del D.F., donde él iba a tener una presentación. Mientras conversábamos, se puso a leer una de las invitaciones del evento y con el índice me señaló una frase: “R. H. Moreno-Durán es uno de los narradores con mayor fuste de la literatura latinoamericana actual”. ¿Tú sabes lo que es eso?, me preguntó. Yo dije que no sabía. Y con su característico sentido del



humor, R. H. añadió: “Siempre que dicen eso de mí me imagino que voy cargando un tronco de árbol por todos lados”. Obvio es decir que ese día tampoco entendí lo que Moreno-Durán quiso decirme.

Si *fuste* significa “sustancia” y “nervio”, ¿por qué entonces se utilizan también los términos *músculo* y *aliento* en un sentido semejante? Entiendo perfectamente (o al menos creo entender) lo que es una obra de largo aliento. Al escuchar o leer estas palabras de inmediato pienso en una novela gorda, un “ladrillo” como *La guerra y la paz*

o *Los miserables*. Sin embargo, cuando un crítico comenta un libro de cuentos y dice que “en cada uno de ellos se advierte el gran *aliento* del narrador”, comienzo a confundirme un poco. ¿No se utilizaba esta palabra para establecer un paralelismo entre el escritor y la resistencia, digamos, de un corredor de fondo? Si es así, ¿se puede, por lo tanto, advertir las virtudes de un maratonista en quien corre los cien metros planos? Yo no puedo. Quizá sea porque no pongo mucha atención en los competidores de una carrera, o porque las palabras a veces suscitan en mí imágenes

diametralmente opuestas a su correcto significado.

Lo del *músculo* es un poco más fácil de entender. Al menos en su sentido metafórico. Según yo, dícese de un escritor que posee un *músculo* fuerte, cuando sabe sostener (los músculos, en el cuerpo, resultan de mucha ayuda para sostener cosas) de principio a fin el interés del lector en la trama o las tramas de su relato, cuando sabe sostener la tensión dramática, cuando no afloja. Con este concepto mi problema principal se debe a que en ocasiones no estoy de acuerdo —como lector— con la opinión

de los críticos o comentaristas. He leído que califican de *musculosos* a escritores que a mí más bien me parecen alfeñiques de cuarenta y cuatro kilos (Charles Atlas *dixit*), más nerviosos que tozudos, más “finitos” que “ponchados”. El caso es que *músculo* es un término que, aplicado a la literatura, resulta tanto o más pintoresco e impreciso que los anteriores.

Relacionada con el *músculo*, o derivada de él, tenemos a la *fuerza*. “La fuerza de este escritor es sorprendente”. “La fuerza de estos relatos dejará al lector sin aliento” (en esta frase los conceptos se enredan hasta dejarlo todo demasiado confuso). “La originalidad de tal novelista reside en la fuerza de su prosa”. Sí, está bien, pero... ¿qué es esa fuerza en literatura? Nunca he sabido explicármelo, aunque, para ser verdaderamente sincero, tengo que admitir que sí la he sentido. No es lo mismo que la fluidez, ni que la provocación, ni que la violencia, ni siquiera que la seducción. Se trata de algo inefable que, no obstante, creí comprender por vez primera hace mucho, cuando a los veinte años de edad leí una antología cuyo título es *El gran libro del terror* (a pesar de este título, la *fuerza* tampoco significa “capacidad para sacudir los nervios del lector”, o quizá sí, pero no por medio del miedo). En ese volumen, preparado si mal no recuerdo por Clive Barker y otros

autores, se reúnen supuestamente los mejores relatos de miedo, horror y terror que se han escrito en la narrativa en lengua inglesa a través del tiempo. Aunque no están ordenados cronológicamente, los más antiguos pertenecen, por supuesto, a las plumas de Washington Irving y Edgar Allan Poe, hay algunos de Lovecraft y de M. R. James y de muchísimos otros cultivadores del género en Estados Unidos y Gran Bretaña durante el siglo XX. Como era muy joven y no conocía casi a ninguno de los autores, decidí leer el libro de cabo a rabo, sin fijarme mucho en quién había escrito cada cuento. Así, interesado principalmente en las tramas fui avanzando en la lectura de aquellas historias ingeniosas que apostaban, por encima de todo, a ponerle los pelos de punta a quien se internara en ellas. Está de más decir que *yo quería* encontrarme por lo menos con una que realmente me pusiera los pelos de punta. Y la encontré. Desde el primer párrafo comencé a sentir algo extraño, y conforme transcurrían las líneas esa sensación se intensificaba, no por el miedo sino por la emoción. Era como si algo me llenara por dentro: una suerte de energía que de momento no supe identificar. Había algo en ese lenguaje, en la manera en que las frases se acomodaban, encimándose unas con otras prácticamente en un galope sonoro (*ifuste?*) que no se

detendría sino hasta llegar a la meta, pero sin precipitación, como un corredor que se administra a conciencia (*¡aliento!*), sosteniendo la tensión y el interés (*¡músculo!*) a lo largo de todas las escenas para producir un chispazo interno en el punto final, una especie de estallido silencioso en el instante en que confluían las líneas visibles y ocultas de la trama, los significados de las metáforas y la fluidez del ritmo. Ese relato, que me dejó exhausto, era superior por mucho a los que había leído en páginas anteriores, y superior a los que leí después hasta acabar el libro. Su título es “Una rosa para Emily”, y su autor es William Faulkner.

Otras veces he sentido esa *fuerza*, es cierto, pero siempre que intento explicarla recurro a esa anécdota personal de lectura. Acaso se deba a que las sensaciones nunca resultan tan intensas como la primera vez. Y sólo ahora, al recordarla de nuevo, al ponerla por escrito, creo comprender que los otros conceptos o términos usados en el comentario de obras literarias que tanta confusión me han causado siempre, pueden llegar a ser entendibles y hasta asimilables si las sensaciones particulares que les han dado origen se encuentran unidas en una sola experiencia, como la que este lector sufrió (literalmente: *sufrió*) al toparse por vez primera con la escritura de Faulkner ☺

NO EXISTE NINGÚN ESCRITOR CON SUFICIENTE INFLUENCIA EXTRANJERA QUE NO LE DEBA GRAN PARTE DE SU IMAGINARIO A LA TRADICIÓN NACIONAL